

SALAGRUMO 15



ÍNDICE

CRONICA

Brghn, por Diego Iturriza

ENSAYO

Palavra imaginada, por João Nilson P. de Alencar

RESEÑA

La novela del muro, por Paula Siganevich

POESÍA

Poemas, por Paula Peysere

CRONICA

Brghn

Diego Iturriza

Es domingo a las tres y media de la mañana cuando dejo la cama para salir a bailar (me acosté el sábado a las nueve de la noche, tras un bife con papas y ensalada). Llego a la puerta de la disco algo después de las cinco, con cara de dormido, aunque en el medio me di una ducha y un desayuno bien servido. Hay fila, bastante larga. No es una buena señal. La última vez, hace ya casi un mes, no me dejaron entrar. Había escuchado hablar de la arbitraria política de admisiones del lugar, pero fue la primera vez que me tocó padecerla. Estaba con mi amigo Friedrich, era un poco más tarde que ahora, como las siete, y tras formarnos media hora el de la puerta nos dijo que no entrábamos.

-¿Por qué? -quise saber.

-Porque no.

-Pero yo vengo siempre.

-¿Y? ¿tenés un abono?

Nos volvimos cada uno a su casa en el colmo de la frustración. Ese día rebotaban muchos. En todos los casos hombres y siempre de a dos o más. No compartían otros rasgos, por ejemplo de estilo o edad, que permitieran sacar conclusiones.

Ahora veo que tendré que hacer un rato largo de cola en el frío, que encima podría terminar igual. Son muchos los que en mi lugar no habrían vuelto (así me lo sugirió una amiga), en protesta por el rechazo. Pero yo sé cómo es adentro, y por volver a estar estoy dispuesto a tolerar otra vez la humillación. Por suerte preví la espera y me abrigué lo suficiente para resistir. Los pies son el único frente que descuidé. Tengo poca media y calzado finito. Todo para poder bailar cómodamente.

Detrás de mí hay tres jóvenes que hablan de una disco de Hamburgo. Tendrán cinco años menos que yo. A pesar de su poco pelo, ninguno se cubre la cabeza, aunque todos tienen abrigos con capucha. Durante la espera, mientras la cola avanza lentamente, me echan miradas que habilitan una intervención en el diálogo. Pero a esta hora demencial, en el viento y el frío, estoy imposibilitado de meterme en una conversación en alemán. Adelante tengo un chico bajito; él sí se guarece bajo la capucha.

-¿Vos estabas la semana pasada, no? -le dice uno de los de atrás, de duros ojos celestes y rapado casi a cero.

El bajito se da vuelta y los mira. Pero no contesta.

-Pero de mejor humor que hoy -completa el otro de modo que escuchemos todos.

Empieza a llover. Me pongo de espaldas al viento y al agua, como hacen las vacas en el campo cuando hay temporal. Tengo una buena campera impermeable. Pero el resto de la cola la pasa mal. Claro que son alemanes y tienen otra piel.

Cincuenta minutos después estoy casi en la puerta. Veo cómo rebota gente adelante. Ahora también un grupo donde hay mujeres. Justo antes de mí les vetan la entrada a tres chicos que por su aspecto deben venir de la India. Ellos preguntan, se quejan. Viene uno grandote a escucharlos. Le explican que es su única oportunidad de entrar. No hay caso.

-¿Sos vos solo? -me pregunta el de la puerta.

Asiento. Cinco o seis segundos después me da paso.

Entonces llego ante un negro que me registra minuciosamente los bolsillos.

-¿Qué hay acá? -pregunta sobre una cajita de metal.

-Marihuana.

-¿Es todo lo que tenés? -dice después de abrirla.

-Sí -miento.

Tengo también la dosis de mdma que conseguí la última vez estuve adentro, pero bien oculta entre la media y el arco del pie.

-¿Cámara de fotos?

Está prohibido tomar fotos, según ellos para salvaguardar la intimidad de los que están adentro. Supero así el control sin que me quiten nada -la portación de hasta 10 gramos de marihuana está permitida en Berlín, sería absurdo que prohibieran entrarla a una disco célebre entre otras cosas por cómo circulan las drogas-, y tras liberarme de los pesados abrigos en el guardarropa me lanzo a deambular en jean y remera por los cuatro pisos de la mole de cemento de casi una manzana, típico ejemplo del neoclasicismo comunista, erigida en los 50 para albergar una planta térmica.

.....

Estoy helado. Para tomar la droga voy a esperar hasta recuperar una temperatura agradable. Subo a la pista principal, en el primer piso. La música, como siempre, buenísima, no pierde punto nunca. A mi lado baila una mayoría de hombres, casi todos solos, sueltos, aunque también hay grupitos. Chicas no faltan, pero se ve que ellos son los dueños del lugar. Un piso más arriba la concurrencia es más mezclada y la música más soft, aunque también electrónica y muy buena. Acá se baila a menor distancia que abajo, la gente se toca permanentemente con los que están cerca, al lado, aunque sin signos claros de que tal cosa ocurre.

A los 20 minutos me siento mejor y me clavo la pasta. Una dosis de la mejor droga que conozco, un pequeño tesoro muy difícil de encontrar. La última vez que estuve acá, hace ya dos meses, intenté comprar, pero sólo había oferta de cocaína o speed. Por suerte tenía también un poco de faso, porque de lo contrario me habría visto forzado a adquirir alguno de esas nefastas sustancias. Ya me había resignado a que no conseguiría hasta que al final de la jornada -a eso de las cuatro de la tarde-, me senté junto a un chico que estaba encogido con la cabeza entre las piernas. Hablamos un rato y me contó que es sociólogo y estudia semióticamente los discursos sobre el doping en el deporte.

-Se hipostasía una versión del cuerpo deportivo puro, libre de toda contaminación, contrapuesto al cuerpo corrupto del que incurre en doping -dijo-. Al mismo tiempo no hay un sólo deportista de alta competición que no tome sustancias para mejorar su rendimiento. Pero eso al margen...

También me hizo saber que hasta que me senté a su lado no se sentía del todo bien.

-Estaba un poco perdido, no conseguía hacer pié. Tomé no sé qué -ketamina, creo-, pero se me fue la mano con la dosis. Así que te agradezco que me hayas dado conversación. Me sirvió para volver, ya me siento mejor.

Como prueba de su agradecimiento me obsequió una cápsula de mdma. Le pregunté dónde la había conseguido.

-Compro un gramo con un dealer que tengo, y en mi casa antes de venir separo una dosis. Hoy no la voy a tomar. Así que quedátela.

No hubo modo de que me diera su teléfono o e-mail para conectar a mi vez a su proveedor. Pero me fui contento con la pasta, pensando en mi próxima vez a la disco, que se frustró cuando no me dejaron entrar. Así que me la tomo ahora.

.....

“No me voy más de acá”, pienso al atravesar la pista en dirección a una de las áreas de descanso o chill out. Varios sillones largos y una cama de hierro tamaño king-size recubierta de goma mullida penden de cadenas, lo que los convierte en divertidas hamacas. Pero me siento en la barra del bar contiguo. Sólo estando quieto puedo aprovechar el lapso hasta que la droga me coloque para armarme un fasito. Hacerlo bien después va a ser un esfuerzo poco placentero.

Con el faso armado me recuesto en el colchón colgante. Primero con la espalda apoyada en los travesaños que tiene a modo de respaldo, después me doy vuelta y pongo ahí los pies, mientras apoyo la espalda y la cabeza en el plano. Me hace bien para la espalda, donde tengo un dolor persistente que según mi experiencia se me habrá pasado en

unas horas, en parte gracias al efecto de la droga. Con el pie empujo la cadena que tengo próxima y el colchón se balancea, primero lentamente, después con más enfién.

Me tocan el hombro. Es un chico que está al lado, junto con otro. Me mira desde arriba y me ofrece una pitada de marihuana armada con tabaco. Me niego gentilmente, en parte porque tengo la mía propia y todavía estoy en la cuesta del mdma, pero sobre todo por el tabaco, que me desagrada, le explico. Al ratito se van, dejando olvidado su papel para armar, algo que en la disco se cotiza y lamentarán haber perdido.

Pronto ocupan el lugar libre dos chicas. Ya me incorporé y una de ellas, rubiecita con el pelo lacio, queda con su hombro contra el mío. No tardo en abrir el brazo y pasarlo por detrás de su cabeza, apoyándolo en el respaldo, de modo que si vuelvo a cerrarlo -cosa que haré progresivamente- la abrazaré contra mi pecho.

-Qué agradable estar al lado tuyo -le digo.

Me cuenta que es polaca, aunque los últimos tres de sus 24 años vivió en Berlín, donde estudia medios y psicología.

-¿Y vos? -pregunta.

Le cuento que escribo, en parte sobre mis experiencias desde que llegué a la ciudad.

-ah, me imagino que en tus historias habrá muchas mujeres, ¿no?

-También.

Después le comento que me casé con un amigo, si bien sólo para solucionar el tema de los papeles.

-¿Pero no viven juntos?

-No.

-¿Y no hay controles, no tienen que vivir juntos? -dice asombrada.

-Son todos mitos, no hay ningún control.

-¿Y te gusta?

-¿Quién? ¿mi marido?.. No es mi tipo.

Sus preguntas me resultan hasta cierto punto tiernas, pero más allá empiezan a molestarme. Le acerco mi rostro de modo de sentir trazas de su aliento, algo que siempre me interesa en la gente que conozco, y que en otros ambientes más formales es imposible porque todo el mundo anda con pastillas que hacen de pantalla. Es agradable, porque es fresco y joven.

-¿Sos católica?

-La mitad -contesta-. Católica por parte de madre, pero mi papá es ortodoxo. ¿Sabés lo que es la iglesia ortodoxa?

-Estuve en Polonia una vez, en un pueblo cercano a la frontera con Eslovaquia. Al pie de los Cárpatos. Y sé que en Polonia hay muchos católicos. Es un país muy duro. Mucho más duro que Alemania.

Pienso en un par películas polacas recientes que vi, de una dureza incomprensible, donde el sexo está signado por la violación.

-Sabés -le digo-, el psicoanálisis recuperaría algo de su capacidad si reescribiera todos sus textos poniendo “amor” donde dice “sexo”.

La idea no le interesa para nada. Me levanto con la excusa de que necesito tomar algo, que es verdad. Voy a comprar una botella de club mate. Es una gaseosa con varias virtudes: dulzura muy tenue, poco gas, gusto claro -pero no penetrante- en el que no se percibe la yerba mate que presuntamente se usó para hacerla, y lo más importante, viene en una botella alargada con tapa a rosca que cabe perfectamente en el bolsillo delantero de mi pantalón. Así puedo transportarla sin tener que llevarla en la mano, bailar con ella, y luego podré rellenarla con agua del baño todas las veces que sea necesario para paliar la sed del mdma.

Ah. Hace tiempo que no me sentía tan a gusto y sereno. Por mi mente desfila en un instante toda mi vida. Mis temas eternos, mis amores, la vida, la muerte, la muerte de todo lo que amo, incluido mi cuerpo. A eso se suman las preocupaciones de estos días, estupideces de mi trabajo. Pero nada de eso me pesa, flota delante mío sin tocarme. Como si me hubiera quitado una mochila y la dejara unas horas a mi lado. A la salida la juntaré.

La música empieza a desestructurarme el cuerpo, separándolo en planos sincronizados. “Al que inventó esta droga hay que darle el Nobel de química” dijo mi amigo Príncipe cuando la probó. El comentario de su novia fue más extremo: “cuando se te pasa el efecto te querés matar”.

Ni siquiera en los baños hay espejos, así que puedo sólo imaginarme el aspecto de mi cara. Según leí, la falta de superficies bruñidas tiene el fin de que la gente se quede más tiempo, porque si se vieran huirían de su propio estado. No creo, en general todos los rostros me parecen de lo más agradables, y aunque sea un efecto de la droga, no hay por qué pensar que no se ejercería también en mis propias facciones, donde sé instalada una plácida sonrisa. Bailo un rato abajo. Junto a mí descubro a dos de los tres que estaban en la fila detrás mío, hablando de Hamburgo. Bailan sin remera. Son completamente lampiños, lo que los hace mucho más agradables a la vista -y al tacto, puedo imaginar- que si tuvieran

pelos. Pienso en mi amiga Olivia, a quien tanto quiero y con quien nos debemos una sesión de piel.

.....

En el bar del tercer piso hay lugares libres, así que es un buen sitio donde iniciar el fasio. Unas dos pitadas me van a agitar la mente lo suficiente. Para mi sorpresa, me siento al lado del tipo que tenía adelante en la fila. El bajito al que los de atrás atribuyeron mal humor.

-Hola -lo saludo- ¿Tenés fuego?

Señala con la cabeza a la chica del bar, que en ese momento se acerca para alcanzarle una cerveza y un aerodinámico encendedor verde. Toma un trago y me ofrece la botella. Me niego, explicándole que la droga que tomé no se lleva con el alcohol. Prendo mi cigarro y a la vez le ofrezco.

-Es marihuana pura -le advierto cuando pita, para que no se le vaya la mano-.

-¿Qué querés? -dice con rudeza.

-Fuego.

-Sí, pero qué para qué viniste. ¿Querés coger?

-No -contesto sin mentir-. Me impresiona coger con hombres. Aunque a veces hago algunas cosas. Quería fuego... Pero te hago unas caricias si querés -le digo.

Le apoyo la mano en la espalda y le hago unas caricias a lo largo de la columna, tal como me gustaría recibirlas. No contesta pero sonrío con sus ojitos de borracho. Para mí también es agradable el contacto con su espalda.

-Qué querés -vuelve a decir al cabo.

-Nada... ¿Vos querés coger?

-Obvio.

Se me apaga el cigarro y tras guardarlo en su cajita de lata me echo de nuevo a la pista. La marea de gente me acoge, y navego en una nube de idealidad perfecta, atronadora. En una punta distingo al que me ofreció fumar en el colchón-hamaca de abajo. Es un chico rubio, alto, tiene remera roja. Me acerco y lo tomo del hombro. Se sorprende un poco hasta que me reconoce.

-¿Se te perdió esto, no? -le digo.

Se echa a reír de contento junto con su amigo; los dos me agradecen que les devuelva el papel para armar, aunque desde otra perspectiva es él quien ha vuelto a ellos, sirviéndose de mí -y de todo lo del universo necesario para mi existencia- como vehículo.

Deambulo, bailo y al final caigo a echarme en un sofá. Al lado, un tipo de barba y aros. "Para mí esta es la mejor disco del mundo", le digo, con lo que inicio un diálogo en el que hablo prácticamente solo.

-¿Vos tenés dolores en la espalda? -le pregunto por ejemplo.

-No... a veces.

-Yo hoy tengo un dolor en la espalda. Es un dolor intermitente. Pero hoy está especialmente fuerte.

-No, yo no tengo dolores en la espalda...

-Es que ayer fui a patinar sobre hielo. Estuve casi tres horas y me caí cantidad de veces, al final de modo bastante violento. Estaba muy cansado. Y ahora además de que me duele todo el cuerpo me volvió ese dolor...

-Y, viste que el cuerpo vive con las marcas de lo que vos hacés.

En eso medio se incorpora para saludar al tipo de la limpieza. Uno de colita larga que le asoma por debajo de la gorra. Ya ya lo vi otras veces, siempre de jeans, remera polo azul y guantes de látex para evitar el contacto entre su piel y las cosas que anden circulando. Su tarea es levantar botellas caídas, reponer el papel en los baños, despejar y echar agua cuando hay enchastre. “¿Te gusta trabajar acá?”, le pregunté hace ya meses. Me dijo que sí, lo que para mí era una total sorpresa, tener que trabajar emprolijando los baños mientras alrededor todo el mundo está pasándola bomba y nadie le importa nada. “Por el ambiente, porque siempre hay buena onda”, justificó.

-¿Venís muy seguido? -le pregunto al de aros cuando vuelve a su lugar.

Asiente. Le saco el tema de la entrada. De cómo se regula o cuál es el criterio que determina quién entra y quién no, y por qué gente que nunca ha tenido problemas de pronto un día no puede entrar, como me ocurrió la vez pasada.

-¿Qué pensás? -le pregunto.

-It is... for the boys -dice al cabo.

-Sí, ya sé que para los boys, pero yo soy un boy.

-For the boys -repite, y hace un gesto vago hacia adelante, sin mirarme.

-La hipótesis más verosímil que escuché -continúo- es que así consiguen una cierta composición de público que es la justa para la fiesta. Pero no me termina de cerrar. ¿Vos qué creés?

El tipo calla. Apenas gira la cabeza para mirarme con un poco más de atención.

-Dos años -dice después, con un suspiro.

-¿Dos años qué?

-Dos años... disculpáme, estoy muy borracho -dice y se va caminando en línea recta.

.....

Sobre una pared del tercer piso, una fotografía muestra en primer plano un agujero del culo abierto, tomado desde atrás, de alguien que como está de pie e inclinado hacia adelante

podría ser de una mujer, excepto porque los huevos que cuelgan debajo indican otra cosa. En la pared opuesta se ve otra foto del mismo artista y parejo tamaño, aunque en este caso es una concha lo que está en primer plano, abierta y turgente.

Es entonces que de pronto, en un instante, entiendo todo. Por qué es completamente lógica la arbitrariedad de la entrada. Me doy cuenta de lo increíblemente bien pensada que está, y de que funciona a la perfección, es infalible. E intachable. Tengo que encontrar al tipo del aro, pienso, para decírselo. Claro que si me llega a preguntar qué entendí no se lo voy a explicar. Eso bastará para que sepa que no miento.

Para festejar decido ir al laberinto oscuro de la planta baja, donde hace un par de meses un muchachito de lo más dulce me hizo unas amorosas caricias húmedas por debajo de la línea del cinturón. No vine con esos planes, pero de algún modo pintó, llegó el momento. Total, después vuelvo a bailar. Sin embargo, tras bajar me encuentro con que el laberinto está cerrado. En la puerta hay un cartel que dice “estamos reformando”.

.....

La droga que me tomé presenta hoy un único aspecto problemático, y es que no tengo más. Si bien todavía me queda un buen rato de trance sensual me gustaría contar con una provisión para mi próxima visita, que de todos modos no será antes de un mes. Todavía en la euforia de haber descubierto la verdad, voy al baño, que acá funciona tal como la cocina en las fiestas privadas. Hay gente que pasa horas en los sofás que están ante cada una de las líneas de escusados. Yo mismo he tenido entretenidas conversaciones en ellos. Pero además, en ese ámbito social funciona el mercado de drogas.

-¿Sabés dónde puedo comprar extasy? -me pregunta una mina bastante producida y de mirada vacía cuando acabo de entrar.

-No, pero yo también estoy buscando. Así que si sabés algo avisáme.

Pregunto un poco a la gente de por ahí si no saben quién vende mdma y me señalan a un par que cuando los encaro dicen que ellos no. No sé si mienten. Me da pereza la lógica oblicua de este tipo de dealers que se hacen los difíciles. La mina que me preguntó si sabía algo también anda por ahí, habla con todos, con cara no sé si de maníaca o desesperada.

Aprovecho para llenar de agua fresca la botellita que llevo en el bolsillo. Después me busco lugar en un sofá y me pongo a mirar a los grupitos de dos a cinco personas que entran y salen de los escusados. Entran a aspirar speed, o cocaína, o mdma, o a comerciar cualquiera de esas sustancias u otras. Están todos re drogados, pasan como una película, riendo y moviéndose exasperadamente.

A mi lado se echa un muchacho de aspecto desaseado, pelo castaño lacio, barba de días. Nos ponemos a conversar. Le digo que soy argentino y se ríe. “Yo soy brasileño”,

contesta, con lo que pasamos cada uno a su lengua materna. Es de un pueblo del interior, cercano a Brasilia.

-Al menos una vez por mes vengo -cuenta.

-¿Y qué pensás de la política de la entrada? -estoy cebado, quiero hacer el test, a ver qué me dice, cuánto sabe.

-Me parece muy bien, muy correcta... siempre se trata a todo el mundo con la mayor amabilidad.

-Me refiero a los rebotes. Cuál es el motivo, o el criterio.

-Bueno, si te ven que estás muy borracho, o tenés un comportamiento agresivo o te hacés el vivo... A mí no me dejaron entrar una vez, hace un año y medio.

-¿Y pensás que fue por eso?

-Sí, estaba borracho en la fila, a los gritos.

O no tiene la menor idea o se hace el boludo, aunque bien puede ser que esté pensando lo mismo de mí. Me vienen el carnaval, el lança perfume, Rio de Janeiro... le elogio sin lisonjas ni mentiras al presidente Lula, que tengo presente porque hace poco me tocó verlo y escucharlo. "En una situación de prensa", le aclaro. Lo califico de inteligente y carismático. Él asiente.

-Estoy preguntando desde hoy a quién puedo comprarle mdma -le comento-. Quiero que alguien me tire una punta pero no lo consigo.

Me señala disimuladamente a un flaco de unos 30, de camisa y jeans. "Te tenés que hacer hacer de abajo, buscar tu propio camino", me dice sin embargo.

-¿Qué? ¿Tengo que esperar que me ofrezcan?

-¿Y te vas a volver a Argentina? -pregunta en lugar de contestar.

-Sí, ¿vos?

-Vuelvo en dos años. Lamentablemente.

-¿No querés volver?

-No. Pero tengo que volver. No puedo seguir con esta vida.

-Yo vuelvo porque extraño -le digo.

-¿Qué extrañás?

-A la gente que quiero.

-¿Preferís lo amores a la fiesta?

-Sí.

-Yo no -dice y se ríe-. Pero tengo que volver.

Cuando se levanta me quedo mirando al que me marcó como dealer. Tras unos minutos se me sienta al lado, donde estaba el brasileño.

-¿Tenés mdma? -empiezo de nuevo.

Llama a otro, jovencito, como de 18 años y camiseta a rayas finitas horizontales. Le pregunta si todavía tiene o ya se lo acabó.

-Todavía me queda un poco -contesta el pibe sin mirarme.

-Te podemos dar algo -me explica el primero- para que mojes el dedo.

-Pero no quiero para ahora. Quiero una dosis para llevarme.

-Ah, vos querés comprar....

-Obvio.

-Bueno -dice el de las rayitas, sentándose a mi derecha sobre unos cajones de cerveza-. Te damos un papel.

-¿Por cuánto?

-Diez euros.

Es el doble de lo que vale, y tampoco está claro qué cantidad me van a dar. Estoy por pedirle verla cuando aparece una maraña de personas, en cuyo centro está la mina de mirada vacía que andaba preguntando. Ahora se agacha y se apoya en las rodillas del tipo que tengo al lado, en el sofá. Los otros siguen de pie o medio se sientan en el respaldo del sofá. No escucho lo que dice ella porque está lejos y habla rápido. Pero abre un paquetito de papel, él hace ademán de frenarla, como si fuera peligroso en ese lugar. Pero ella insiste y lo consigue. Discuten, o parecen discutir. Ella lo mira y le dice algo, no sé si es que no quiere la droga, si la quiere pero es cara, pero parece que por algún motivo se la devuelve. El punto es que detrás hay uno con un billete de diez euros listo. Miro toda la escena y aunque nunca pierdo de vista que puedo ser víctima de la paranoia, tengo de pronto la certeza de que los tres son una banda. El jefe es el que tengo al lado, y sus socios la mina arrodillada y el pibe de la remera a rayas. La mina es la que sale a cazar bobos (como a mí), a los que ceba y alerta con su pregunta. Después los potenciales compradores van llegando hasta el pibe de las rayas, y ahora está lleno de gente desesperada por comprarles la droga a ese precio absurdo.

La escena culmina con la venta a tres de los que se juntaron alrededor, que se meten con el de rayitas en uno de los escusados. Después el aire se despeja como por milagro. Desaparecen la mina, el chico de las rayas y todos los demás.

-¿Y, vas a comprar? -me dice el de al lado.

-Me pareció muy caro. Y además sólo la vi, pero tiene aspecto de sal blanquecina y no de azúcar morena, que es la mejor.

-¿Nunca compraste en una disco?

-Sí, ¿por?

-Porque en las discos no se consigue eso.

-Yo sin embargo lo conseguí acá, la última vez que estuve -contesto, permitiéndome mentir con la verdad.

-Si vendiéramos eso tendríamos un enjambre de idiotas detrás que no nos dejarían en paz. Y además la mercadería nuestra es muy buena.

-Puede ser. Pero no por ese precio.

Decido que hoy no me voy a ocupar más del tema, porque de todos modos es para la próxima vez, y en cualquier caso vendré sin nada y si siguen acá estos terminaré cediendo y compraré lo que venden. Pero hoy no voy a perder más tiempo en el futuro. Me voy a disfrutar de esta tarde que todavía está en su salsa.

.....

En la pista central las vibraciones de la música te despeinan y te hacen temblar el cuerpo entero, pero nunca te aturden. En el área más próxima al cuarto oscuro los hombres bailan con el torso desnudo. Uno le come a otro la axila como quien encara un fruto succulento, se la muerde y se la entierra en su propia boca con pasión de loco. Lo hace porque está drogado, es puto, y porque tiene ganas y le importa un pito, es dueño y señor del lugar. Todo es para él.

En uno de los sillones del baño del primer piso veo un lugar libre y me siento. Para mi sorpresa, al lado está el enano de la entrada, con el que inicié el faso. No tarda en reconocermelo.

-¿Otra vez vos? ¿Qué querés?

-Nada. No es mi culpa que te hayas sentado al lado del único lugar libre.

-¿Tenés fuego? -me dice con un cigarrillo en la mano.

Le alcanzo el encendedor aerodinámico y verde que él mismo compró y reposa a su lado, sobre el sillón.

-Gracias -dice, y lo vuelve a dejar-.

Después se levanta y se va, dejándome el encendedor de regalo. Aunque desde otra perspectiva es él quien ha hecho todo para llegar a mis manos, cuyas cualidades le gustarán por algún motivo, por lo que a partir de ahora será mi amuleto increíble.

.....

En que en un rato voy a encarar la retirada; ya llevo muchas horas, más de ocho, sin comer. Con esa idea veo aparecer a la chica que estuve esperando. Una transexual preciosa que me ha vendido excelentes pastillas en el pasado. La saludo con efusión, agitando la mano, y se acerca encantadora hasta el sofá donde me estiro, junto a una ventana de vidrios opacos amarillos y rojos por la que se filtra la claridad diurna. Tiene una carterita diminuta, que usa

cruzada sobre el regazo y es parte de su estilo. Es una dealer honesta, experimentada y confiable.

-Te estoy esperando desde hace horas -le digo-.

-Bueno, acá llegué -me contesta como si también me reconociera-, ¿cómo estás?

-Bien, ¿vos? No sabés cómo me alegro de hayas aparecido. ¿Tendrás mdma de casualidad?

-No, pero tengo algo muy bueno también. Se llama mdmC.

-Pero no es tan bueno como el mdma, ¿no?

-Es otra cosa -dice con medio suspiro-. Pero es muy bueno. Si querés probás un poco y si te gusta, después...

-No, no, si vos me decís que es bueno te creo. En vos confío, siempre me diste cosas buenas.

Así que vamos juntos a uno de los escusados, donde de su mini cartera saca una bolsita plástica con un polvo amarillento. Me advierte que no lo aspire porque me puede irritar la nariz, que mejor lo tome y que me está dando diez dosis. A cambio le doy 40 euros, o sea, cuatro euros por dosis. Así tengo también para mis amigos. Antes de despedirme la abraza con sinceridad, repitiéndolo cuánto me alegra verla.

-¿Leo? ¿Lío? -dice cuando le contesto cómo me llamo.

-No, Diego. Como Maradona.

-Ah, Diego, Diego. Yo soy Daniela -y me da un beso de despedida-.

.....

-Me tengo que ir -me dice una mina en un sofa, después de ofrecerme un trago de cerveza, que le acepto-. No quiero, me quedaría cinco horas más. Pero me está empezando a doler la cabeza y si no me voy la voy a pasar mal. Así que... me tengo que ir.

-Estoy igual -le contesto, sorprendido de cómo me nombra su precisa descripción-.

Decido ir bajando. Visito por última vez los sitios de cada piso y una hora más tarde estoy en la planta baja, pidiendo mis abrigos en el guardarropa. Salgo a las cinco, con la convicción de que, dado que sé la verdad, ya no van a volver a prohibirme la entrada (aunque no hay que descartar que alguna vez vuelvan a hacerlo, sólo con el fin de disimular -lo que no me molestará para nada-).

Lamento no tener que cruzar el río en el camino de regreso a casa, con lo que me gusta ver correr sus aguas.

ENSAYO

Palavra imaginada

João Nilson P. de Alencar

A imagem é uma criação pura do espírito. Ela não pode nascer de uma comparação, mas da aproximação de duas realidades mais ou menos distantes. Quanto mais as relações das duas realidades aproximadas forem longínquas e correctas, mais a imagem será forte -mais poder emotivo e realidade poética.

Pierre Réverdy in *Força de imagem*

Pensar a relação entre imagem e palavra é reportar-se, inicialmente, ao que, no âmbito da comunicação e semiótica, pode ser proposto como uma "gramática da imagem", segundo terminologia empregada por Lucia Santaella e Winfried Nöth, em seu livro **Comunicación, semiótica y medios** (Kassel : Edition Reichenberger, 2003 : 44). Também em português: pela Iluminuras, 1998 (**Cognição, semiótica e mídia**). Citando Kalverkämper (1993:207), haveria três níveis: 1, a imagem é inferior ao texto, simplesmente complementando-o; 2. a imagem é superior ao texto, dominando-o, uma vez que seria mais informativa que ele; 3. a imagem e o texto têm a mesma importância, uma vez que ela estaria integrada ao texto. (p.4-45).

Para sair de uma dualidade, maior ou menos, ou ainda mais importante menos importante, o argumento recai na discussão sobre o papel do imaginário nesta relação. A partir dos estudos de Freud e Lacan sobre a questão, diria: "O imaginário é, sem dúvida, o registro que mais rapidamente se localiza em relação aos problemas da imagem. Isto é, basicamente, o registro psíquico correspondente ao *ego* (ao eu) do sujeito, cujo investimento libidinal, Freud denominou narciscismo." (p.189). Pouco depois, Lacan desenvolve (ou amplia) a noção do estágio do espelho, uma vez que se constituiria no momento decisivo para a criança ao formular uma imagem de si e do outro:

Senhor e servo do imaginário, o eu se projeta nas imagens em que se espelha: imaginário da natureza, imaginário do corpo, da mente e das relações sociais. (...) De tal maneira, a dimensão imaginária inaugura a subjetividade humana, ao ser

nossas relações com os semelhantes moldadas pela repetição de uma imagem. (...) Na busca de si mesma, a consciência crê encontrar-se no espelho das criaturas e se perde no que não é ela. Tal situação é fundamentalmente mítica, uma metáfora da condição humana que está sempre em busca de uma completude repetidamente insuficiente, capturada incansavelmente em espelhismos que encenam um sentido onde o sentido está sempre ausente. (p.190 - tradução minha).

Tem-se, então, os grandes eixos temáticos para o debate sobre a imagem e a relação com a palavra. Simbolicamente, a busca de imagens sempre inalcançável (*Marina, a intangível*, segundo Murilo Rubião), em que o jogo entre imagem que se apresenta e se ausenta compõe a narrativa de uma escrita fugaz, mas, simultaneamente, possível.

Haveria, portanto, sempre uma discordância entre o objeto e sua imagem, entre as partes do corpo e a matriz originária. O que, de alguma maneira, inauguraria, nesse choque entre o imaginário e o real, o que o paradigma da fotografia inaugurou (p.192). Daí seu caráter fragmentário, recortado, o que põe em evidência permanente o procedimento do registro.

Em relação ao simbólico, haveria que se dizer ainda que este é o lugar do código fundamental da linguagem, neste lugar onde o Outro se instaura como lugar dos princípios patriarcais (O grande pai), a Lei, o grande Outro. Citando Miller (1987:22):

Em primeiro lugar, se pode dizer que o Outro é o grande Outro (A) da linguagem que já está sempre aí. É o Outro do discurso Universal, de todo o já dito, na medida em que é pensável. Poderia-se dizer também que é o Outro da biblioteca de Borges, da biblioteca total. É também o Outro da verdade, esse Outro que é um terceiro na relação a todo diálogo, porque no diálogo de um com outro está sempre o que funciona como referência tanto do acordo como do desacordo, o Outro do pacto como o Outro da controvérsia. (p.193).

Caso contrário a esta posição é a leitura objetiva com que faz das imagens, como é a situação em **O conteúdo da imagem**, de José Antônio Moreira González e Jesús Roblerano Arillo, quando afirmam, em "O tratamento da fotografia da descrição à interpretação", que:

"A imagem transmite informação, refletindo objetos, coisa que não faz um texto, portanto, determinados aspectos são importantes em sua análise e diferenciam o tratamento em relação ao de textos." (pp.47-48)

No caso brasileiro, não há como não pensar nessa relação com o outro sem passar pelas imagens que nos constituíram, ou seja, no permanente processo de redescobrimto de nós mesmos, instaura-se permanentemente a imagem estranhada e familiar desse Outro. Poderia-se se chamar "europeu". Nesse sentido, a formulação de uma discussão acerca do negro no Brasil, portanto, da constituição de uma maioria que hoje mantém parentesco com os africanos, pode ser destacada no trabalho que Boris Kossoy e Maria Luiza Tucci Carneiro selecionaram. Trata-se das imagens do negro no final do século XIX brasileiro, no livro **O olhar europeu - O negro na iconografia brasileira do século XIX** (SP : USP, 1994). O livro objetiva discutir as imagens produzidas pelo descobridor europeu, branco, colonizador, diante das novas (e muitas vezes esperadas) terras encontradas:

Dos relatos de cronistas e viajantes ibéricos que estiveram no Brasil durante os séculos XVI e XVII esboça-se um perfil de observador curioso, surpreso diante da monumentalidade do mundo descoberto. Perplexo com os rituais e nudismo dos índios, com o canibalismo, o incesto, o politeísmo, a feitiçaria, constatou, em função de seus valores morais e religiosos, a coexistência de um mundo de "pecado" em meio a uma natureza paradisíaca. Descobriu não somente a América, mas também o homem americano. (p.18).

O confronto foi inevitável: enfrentavam-se duas visões de mundo opostas. O *outro* era, tanto para o índio, e depois o negro, quanto para o europeu, o diferente, o estranho; mas, também, muitas vezes, o atraente, o exótico, o querer ser consumido. Nesse sentido, o livro apresenta imagens de Jean-Baptiste Debret, Charles Guillaume Thérémin, Abraham Louis Buvelot, Henry Koster, James Henderson e ainda os artistas que participaram da expedição austro-bávara, dirigida por Spix e Martius, Joahann Moritz Rugendas, Armand Julien Pallière, Paul Harro-Harring, acrescido do fotógrafo Victor Frond.

"Desenhos e aguadas destes artistas, particularmente de Debret e Rugendas, além das fotografias de Frond, deram origem a coleções de estampas litográficas produzidas na Europa. A possibilidade de multiplicação de imagens, inicialmente através da litografia e, mais tarde, pela fotografia, representou um marco decisivo na história do conhecimento. Com o aperfeiçoamento das técnicas de reprodução, criou-se uma ampla audiência internacional consumidora de imagens. Imagens de todos os tipos, embora seja mister observar que um particular interesse sempre existiu em relação àquelas dos países distantes e desconhecidos da Ásia, África e América do Sul."(pp.20-21).

Parece-me fundamental, ao tentar se discutir a relação entre imagem e ensino, a questão da formação-constituição de um imaginário. Nesse sentido, pode-se encontrar, por exemplo no escritor alemão Walter Benjamin, a manifestação de imagens que farão parte de sua trajetória intelectual, dissipando-se em textos teóricos e de variada amplitude. Um dos mais recentes trabalhos publicados a esse respeito busca, exatamente, focar esse período, em que Benjamin, ao publicar textos avulsos, em jornais, aborda a presença fantasmática de imagens. Podemos destacar, por exemplo, a questão da coleção e do colecionador e sua relação com a infância, tema conhecido desse escritor:

Chaque pierre qu'il trouve, chaque fleur qu'il cueille et chaque papillon qu'il attrape son déjà pour lui le début d'une collection, et tout ce qu'il possède en général constitue à ses yeux une seule et unique collection. Cette passion montre en lui son vrai visage, le froid regard d'Indien qui continue à brûler dans le regard trouble et maniaque des antiquaires, des chercheurs et des fous de livres.^[1]

Dessa forma, em “Sonhos”, tem-se a retomada da discussão levantada por Sigmund Freud e, posteriormente, por Jacques Lacan, como apontado no início desse ensaio. Tanto na antologia de Benjamin quanto no estudo de Boris Kossoy (1994), temos imagens que se apresentam e que, portanto, poderiam ser tomadas como possibilidades de constituição fantasmática para o debate sobre a engrenagem do nacional-estrangeiro, ou ainda, um debate sobre a distância e a proximidade, daquilo que Freud chamou de “*Unheimlich*”. Teríamos, então, para aproximar Freud, Benjamin, Kossoy, a imagem que aparece na sequência de fotos dos escravos brasileiros e dos recém-ex-escravos uma que se destaca por ser, alegoricamente, a imagem fantasmática, portanto presente e ausente, em nossa prática cotidiana: Uma mulher negra, de olhar firme para a câmera, tem ao seu lado uma criança branca que, meio assustada com a situação, tenta se agarrar à sua protetora, certamente uma ama de leite, ou similar. Nessa coleção, esse desencontro de olhares e interesses é revelador. Condensa, de alguma forma, toda nossa história. Aquilo que passará por Machado de Assis em sua obra, como no ensaio “Instinto de nacionalidade”, bem como estará presente nos textos de Lima Barreto, ou ainda na crítica de Roberto Schwartz, em **Ao vencedor as batatas**.

Não sem razão, um livro publicado na Europa recentemente demonstra não só esse olhar curioso sobre o outro, sobre o mundo, bem como indica que o gosto especular ainda permanece bem ativo. Em **Wertvolle und seltene bücher** (2009), acompanhamos a descrição minuciosa e em papel de qualidade das variadas publicações que vão desde as primeiras expedições ao estilo moderno. Trata-se de um *catálogo*, assim como as fotos

reveladas por Kossoy. Os livros vão desde as primeiras impressões de Guttemberg (A bíblia latina, a África de 1556, Cervantes, Polo Marco, passando por manuscritos de escritores famosos). O catálogo destina-se possivelmente a algum leilão e, nele, estão os livros **Amerika** de Goerge Dixon (1785 a 1788), como a **Amérika** de William B. Stevenson, publicado em 1826. A imagem da América de Goerge Dixon não poderia ser mais paradoxal para os interesses contemporâneos, ao retratar a imagem de uma mulher que, se não esquelética, com olhar perdido e triste, vestindo uma espécie de ponche que, amarrado com apenas alguns nós, deixa um aberto, exatamente o do seio esquerdo. Nos lábios, tem uma espécie de argola, como os dos botocudos brasileiros, revelando a excentricidade do padrão, de acordo com o olhar europeu. Precisamente a imagem da mulher latina que, de alguma forma, se divulgará em alguns países, alterada pelas formas voluptuosas, mas de mirada quase ingênua[2].

Outros dois escritores vão debater o papel decisivo das imagens em nossos dias, agora pensando o cinema como foco, a partir da produção de um olhar. Assim, em “Ser imagem para outro” de Andréa Xavier e em “Imagem, alteridade e autonomia subalterna” de Paulo C. Cunha Filho[3], temos a apresentação de um debate atualíssimo.

Andréa parte da ideia de que “Ser é ser percebido”, do filósofo irlandês Berkeley. Portanto, o olhar tem um papel decisivo na existência e na constituição do outro. Nesse ponto, retoma o conceito de “dispositivo” em Gilles Deleuze, para aprofundar sua análise:

Todo **dispositivo** se define, segundo Gilles Deleuze, pelo que detém em novidade e criatividade e que ao mesmo tempo marca a sua capacidade de se transformar, de se fender em proveito de um dispositivo futuro (Deleuze, s/d). Nas condições aqui exploradas, os dispositivos não se definem apenas por um sistema técnico ou por ser um produtor de efeitos que direciona e funda determinadas experiências (...), mas como **o que deve ser suscitado, inventado, evidenciado para se ocupar do que resta, do que não interessa às versões “objetivas” e conclusivas do mundo que a mídia nos fornece**. Essa imagem, resultado do dispositivo artístico, não existe nem antes, nem depois, nem fora do dispositivo, ela é o próprio efeito-acontecimento que irá permitir outras formas de experimentar o mundo. [4]

O interesse da crítica é discutir não os universos que os filmes propõem, mas, antes, os “universos que começam a existir em função do filme” (p.53). Dessa forma, acredita a escritora que esse método de valorização é uma forma de ir contra a concepção de que “a filmagem pouco interfere nas [SIC] expressão individual de cada um” (p.53). A reviravolta seria propor a leitura dos documentários não como um objeto, mas como um sujeito, um

processo, algo pluriforme, fragmentado e descentrado. Nesse sentido, aponta para um papel ativo da ficção, o que representaria para as experiências cinematográficas que as mesmas: Não têm a pretensão de aderir ao real para poder restituí-lo, nem pretendem “objetivamente” dar conta dos fatos; ao contrário, reivindicam a atualidade de um tempo que suspende o juízo sobre a natureza subjetiva (opaca) ou objetiva (transparente) do mundo e do sujeito que está em jogo.

[5]

Se esta proposta aponta para uma “política da imagem”, Paulo Cunha Filho pretende discutir essa política já dentro do campo dos estudos culturais, em que a revisão do olhar que nos constituiu de alguma forma possa ser modificado. Ao mesmo tempo, as imagens constituídas pelos europeus, ao entrarem em contato com nossa forma de olhar o mundo, produzem “curtos-circuitos identitários entre a imagem e o referente” (p.226), uma vez que são alegorizadas permanentemente. Argumenta Cunha Filho que uma série de estereótipos aprisionaram o Brasil e os brasileiros num conjunto de estereótipos. Para sair dessa prisão, ou seja, a visão típica colonial, e ampliar o debate do Brasil como “região fronteira” ou de que “nada nos é estrangeiro, pois tudo o é”, segundo afirmações de Sérgio B. De Holanda e Paulo Emílio Salles Gomes, respectivamente, o crítico ancora-se em Homi Babha. Revendo filmes sobre o Brasil e aqui produzidos, como o **Orfeu Negro** de 1959, de Marcel Camus e as imagens de Pierre Verger, com a crítica de Jean-Luc Godard, poderia-se ver nas negociação das imagens uma “ambivalência” (213). Não haveria mais certezas nacionalistas e coloniais.

Nessa estratégia que chamamos de autonomia subalterna, estes seriam os dois eixos radicais de uma mesma negociação identitária, a partir da qual se chocam tanto as aproximações quanto os distanciamentos do olhar estrangeiro. (...) haveria uma forma de representar o Brasil e os brasileiros que fosse localmente (mas também genericamente) aceita para que, a partir desse molde nacional, toda representação estrangeira fosse escalonada. Outro pressuposto (...): haveria ainda brasileiros dispostos a assumir esse modelo local de maneira homogênea para garantir um padrão estável para as representações. [6]

O crítico passa pela leitura de outros filmes, mas finaliza suas apreciações comentando, a partir de Ana Maria Belluzzo (1994), a necessidade que a literatura de viagem oferece aos brasileiros de reverem o Brasil. Ou ainda na crítica de Gerd Bornheim (1998) de que o conceito de descobrimento sobre a América passou por uma experiência de ruptura: “o homem povo, que pelas navegações parece incompatibilizar-se com as suas próprias raízes, promete a si mesmo um mundo totalmente outro.” (p.225). Daí a necessidade de aprofundar a leitura do contemporâneo, desse momento a que se chama

“pós-colonial”, chamando a atenção para o que é complexo e muitas vezes inacessível, tanto ao nacional quanto ao estrangeiro, ou daquilo que, numa herança invertida onde “a identidade se perde para sempre na alteridade”.(p.226).

Pode-se pleitear, no jogo das relações entre nacional-estrangeiro, ou entra a formulação de imagens, a questão da distância como constituidora de subjetividades. Nela, teríamos como “núcleo-descentrado” o debate da própria formulação de um inconsciente, o qual, na versão de Bernardo Pinto de Almeida, citando Gilles Deleuze, não preexistiria, mas que, ao contrário, “se produz”. Repensar as práticas pedagógicas pressupõe reconstituir o campo da visão, mais do que propriamente a do olhar, para encontrar aí, onde o inconsciente se formula, uma possibilidade aberta, dinâmica, de abordar(se) o assunto das imagens.

Bibliografia

ALMEIDA, Bernardo Pinto de. **Força da imagem (O Surrealismo)**. (Portugal) : Campo das Letras, 2007. (Coleção Berardo).

BENJAMIN, Walter. **Rêves**. Trad. Christophe David. Paris : Le Promeneur, 2009.

CARVALHO, Ronald de. **Pequeña Historia de la Literatura Brasileña**. Trad. de Julio E. Payró. Prólogo de Rómulo Zabala. Buenos Aires : Mercatali, 1943.

Brasil e Portugal - a imagem recíproca (O mito e a realidade na expressão literária). Lisboa: Instituto de Cultura e Língua Portuguesa -Ministério da Educação,1991.

GOMES, Mariana. **Uma primeira imagem da Língua Portuguesa**. Lisboa : Ledo, 1991.

GONZÁLEZ, José Antônio M. e ARILLO, Jesús Robledano. **O conteúdo da imagem**. Curitiba : UFPR, 2003.

KOSSOY, Boris e CARNEIRO, Maria Luiza Tucci. **O olhar europeu - O negro na iconografia brasileira do século XIX**. SP: USP, 1994.

MACIEL, Mario L. B. e VENTURELLI, Suzete. **Imagem interativa**. Brasília: UnB (Universa), 2008.

MÉDOLA, Ana Sílvia Lopes Davi et alii. **Imagem, visibilidade e cultura midiática. Livro da XV COMPÓS**. Porto Alegre: Sulina, 2007.

NOLASCO-FREIRE, Zélia. **Lima Barreto: imagem e linguagem**. SP: Annablumme,2005.

SANTAELLA, Lucia e NÖTH, Winfried. **Comunicación, semiótica y medios**. Kassel : Edition Reichenberger, 2003.

Notas

[1] In BENJAMIN, Walter. **Rêves**. Trad. Christophe David. Paris : Le Promeneur, 2009. “*Un enfant désordonné*”, p.18. O livro constitui-se em fonte importantíssima para o estudo de outras questões, com a presença nazista “*Celui qui est au courant*”; a questão psicanalítica, da relação da interdição paterna em “*Crimes et accidents malheureux*”; ou ainda a própria metalinguagem com a problemática fantasmática, em “*Un fantôme*”, além de outras de particular importância, como a própria “morte do pai” no enfrentamento com o fantasma de Goethe.

[2] Não se é de estranhar que imagens veiculadas à mulher brasileira terão esse caráter peculiar. Assim, um restaurante em Praga intitulado “Restaurante Brasileiro”, em que não se fala português necessariamente, apresenta em sua entrada principal um *outdoor* imenso com a imagem de uma mulher de perfil, nua, com traços indígenas, rodeada de exuberante floresta, dentro de um rio calmo, tocando alguma folha de árvore, em pose falsamente romântica. O detalhe ainda picante fica por conta das marcas do biquini em corpo bronzeado... Isso para um restaurante.

Outro *outdoor*, veiculado em Berlim após a Copa do Mundo de 2006, mostrava, segundo relatos, pernas de uma mulher com salto alto, mas com dizeres “O Brasil tem muito mais a oferecer”, os quais, se lidos mesmo no fervor do campeonato, sugere um caminho ofensivo à imagem da mulher. No entanto, indica mais que esse primeiro imaginário das coleções quase medievais está presente ainda em alguns países da Europa. E não se assustará alguém que, encontrando algum europeu que soletra algumas palavras em português, afirme que aprendeu com mulheres brasileiras, como que sugerindo a afirmação linguística pela via do caminho amoroso, aqui em seu momento mais crítico.

[3] In MÉDOLA, Ana Sílvia Lopes Davi et alii. **Imagem, visibilidade e cultura midiática. Livro da XV COMPÓS**. Porto Alegre: Sulina, 2007.

[4] Id. Ibid., p.52, grifo meu.

[5] Id. Ibid., p.59.

[6] Id. Ibid.218.

RESEÑA

Sobre *La Virgen cabezas*, de Gabriela Cabezón Cámara

Paula Siganevich

Cuando leí *La virgen cabeza* no pude dejar de recordar a las travestis más célebres de la literatura neobarroca: la Evita de Perlongher y la Madona de Lemebel. Pero mientras la Evita de Perlongher es la transgresora dentro del Estado y la Madona de Lemebel la marginada que habita los barrios periféricos de la ciudad latinoamericana y ambas son redentoras, la Cleopatra de esta novela es una traidora. Desde las épicas heroínas de los escritores del neobarroco hasta esta desalentadora degradación de la protagonista pasó la globalización y el consumo; pasamos de la utopía a la publicidad.

La novela de Gabriela Cabezón Cámara describe un territorio separado por un muro: de un lado el rico vecindario bonaerense de San Fernando, cercano a la zona de El Tigre, a setenta kilómetros de la ciudad de Buenos Aires, del otro la villa El Poso. Está escrita en una lengua donde el muro se hace sentir. De un lado, el último reducto de los vecinos pudientes, del otro, la villa que “Está en la parte más baja de la zona: todo va declinando hacia ella suavemente menos el nivel de vida que nos declina, se despeña en los diez centímetros de la muralla, cuyo potencial publicitario la municipalidad no descuidó” (pág 37)

Así como se despliegan dos espacios separados por un muro: el afuera y el adentro de la villa. La novela está escrita en dos lenguas: la de la villa argentina y la del siglo de oro español. El barroco de la escritura va de lo más bajo a lo más alto. La novela es la barroquización del territorio expresada en el espacio de la escritura: “Era el último espejo de los vecinos pudientes, la última protección: en vez de ver la villa se reían de sí mismos estilizados y confirmados por los afiches, en la cima del mundo con sus celulares, sus autos, sus perfumes y sus vacaciones” (pág. 37)”

Algunas veces, pocas, alguien pasa de un lado al otro del muro y cuenta la historia. Esta es la situación en la novela de Gabriela Cabezón Cámara: Quity, una periodista llega a la villa El Poso buscando una nota para su revista, acompañada por un fotógrafo. Allí se encuentra con Cleopatra, una travesti, de la que se enamora, con quién forma pareja y tiene una hija. Al poco tiempo la villa es arrasada por el empuje inmobiliario y la familia se ve

obligada a refugiarse en la costa bonaerense primero y a emigrar a Miami, después. En la villa Cleo es la oficiante del culto a la estatua de la Virgen Cabeza, un presente que un carpintero creyente le hizo al barrio. Como continuadora de la saga literaria de la Evita de Perlongher y de la Madona de Lemebel, esta mujer se expone con su cuerpo monstruoso a las cámaras: “ Con el pelo recogido como la abanderada de los humildes, caminando a los saltitos como la reina de la TV y rubia como las dos, la “travesti santa”, rodeada por una corte de chongos, putas, nenes, travestis, predicaba abrazada a la estatua de la Virgen” (pág. 39)

Hay una tragedia en el relato: hay varios crímenes como para no dejar dudas de que el crimen es un ingrediente clásico en la receta del relato. Pero aquí está pasteurizado, se usa para mejorar la calidad de la humanidad. El crimen es presentado como una salvación en la dirección de un imaginario posconcentracionario. Esas vidas que casi no merecen ser vividas, alguien, quizás la sociedad determina eso, son eliminadas para redimir a otras: “.....nunca pude volver al otro lado del mundo, al de los que viven fuera de los pequeños Auschwitz que tiene Buenos Aires cada dos cuadras. Evelyn fue mi ticket to go, mi entrada en la villa. Yo la maté y ella me hizo villera.” (pág. 49)

En la novela hay un estanque, un diseño en abismo, según Deleuze. Cuando explica las propiedades de la materia y la de los cuerpos señala como hay en la naturaleza fuerzas individuales irreductibles y familias orgánicas también de una pluralidad irreductible, es decir que no se pueden someter a la generalización sino al pliego que las modifica cada vez. E invoca el estanque como lugar poblado de peces, medio ambiente por donde pueden pasar los pliegues. Así en La virgen Cabeza el estanque sirve para que la virgen se refleje, y no solo La Virgen, sino toda la Villa: “El caos villero se ordenó como si los años de miseria y precariedad, los pasillitos llenos de mierda, los pedazos de chapa, los ladrillos de diferentes clases y tamaños, las paredes en falsa escuadra, los pibes desafortunados, todo se hubiera originado en la falta del estanque.” (pág 86).

Hay una tensión en la narración: si bien es mayormente Quity la que “habla”, la que tiene el propósito de escribir una crónica de los acontecimientos, su voz es interferida por el relato de Cleopatra. La autora no puede decidir a quién darle la palabra porque el acontecimiento de las palabras radica justamente en no establecerse en un registro único. Y qué raro es ese amor de dos seres tan diversos, una travesti y una lesbiana, pero eso no es lo que importa. Como dice la autora en una entrevista: no hay ningún mandato de cómo deben ser las sexualidades.

A ratos se puede escuchar una voz nueva, que es interesante seguir y que quizás sea prometedora en la vida literaria de esta autora: “Y así estuve meses, durmiendo, mirando por la ventana o escuchando los ruidos del Delta. Escuché lo que nunca: el barro

amontonándose entre los juncos, las semillas reventando en raíces, la tensión de los árboles conteniendo los bordes de la isla.” (pág. 14). En una poeticidad que se encuentra con un citado Juan L. Ortiz, la naturaleza es vida y la vida humana busca explicarse el porqué del dolor, de la precariedad, de la existencia: “Me dolía la muerte, la de él y la mía y la de mi hija que todavía no estaba viva en sentido estricto, que no había nacido, quiero decir, me dolía todo: cuando se abre la conciencia a la muerte o la muerte a la conciencia algo se abisma en el centro del ser, se fisura de nada y la nada lacera más que la tortura, en el sentido de que angustia, asfixia, obsede y solo se puede desear que cese.” (pág.11)

La traición es una de las más bajas de las pasiones. Y Cleopatra finalmente es una traidora. Traiciona al amor, pero lo más importante, traiciona a los pobres, a los creyentes, a todo el mundo. Pero no traiciona al crítico que espera este desenlace: una travesti posmoderna, que se instala en Miami, se desajusta del eje neobarroco y se perfila en otro lugar. Esta novela no puede seguir siendo la misma novela de siempre por eso se transforma, pliegue sobre pliegue.

En la nueva Armonía que invoca Deleuze la Virgen siempre se representa barroca. Su vestido es amplio, lleno de sinuosidades y curvas. El textil del pliegue va hacia el infinito dice el filósofo. Si bien el barroco subraya la materia, invoca el alma y el arte deviene socius: el arte informal moderno se instala entre dos artes, la pintura y la escultura, la escultura y la arquitectura, para llegar a una unidad de las artes como performance y atrapar al espectador en esa misma performance. Cuando se trata de componer la nueva armonía, descubriremos nuevas maneras de plegar como también nuevas envolturas. El alma barroca se ha vuelto pura precariedad en este momento literario. La arquitectura expone un espacio separado por un muro, carteles de publicidad funcionando como separadores y una virgen cabezona que emigra de la villa a Miami y de allí a la unión absurda entre opera y cumbia que marca el ritmo del libro.

Recordamos otra opera cumbia estrenada en La Trastienda de Buenos Aires en el 2009, “Mueva la Patria”, dirigida por Valeria Ambrosio. En ella aparece también la imposible unión entre el Negro Cabeza y Romina de Caballito en el escenario de la historia nacional. La nueva armonía desentona un poco, suena como un ritmo estridente alejado de la plácida sonoridad del clasicismo. En Buenos Aires, entre el teatro y la novela, sentimos que el ritmo de las óperas cumbias se nos está metiendo en las cabezas.

POESÍA

Paula Peyseré

Lado B

Me pregunta si hay sol
¿Qué sol tenés?

Me pregunto qué música toca
¿viene de un túnel?

Me pregunto a qué hora saldrá del trabajo.

Dormí

Dormí que la vida es sueño.
Dormí, si te gusta.
Si dormís, luego existís.
Soñá que la vida es blanda y que estás en una camioneta.
Tenés la chata llena de patos y vas a 200 kilómetros por hora,
derecho. Llegás a un árbol, estacionás y cuando bajás
los patos salen volando.
Pegan una vuelta a una nube
y al toque se suben solos a la parte de atrás de la camioneta...
Vos te quedás
dura. No lo podés creer pero es cierto
es un hecho realidad.

Testimonio del pomelo mágico

Camino en plaza Almagro, el viento chifla

en la mochila misteriosa y grande
de una gitana que me lee las manos y los dientes:

-¿Qué comiste?- me pregunta.

-El borde marrón de los ojos,
la cara de las nueve de la mañana,
la cara de las diez de la noche,

el borde marrón de los ojos,
la canaleta de la espalda,

la mandíbula de mi ballena del fin del mundo
trota y trota en las reservas de la ciudad.

Las fotocopias también comí,
las fotocopias dormida-.

Llego a mi casa y abro la heladera buscando sin saber

y aparece el pomelo que ella me inventó:
amarillo por fuera, rosa y verde por dentro.
Está hecho de las flores, está hecho de las plantas.

Me lo como entero con cáscara.

Los músculos de la boca y de las manos
ocupan más espacio que las piernas en el mapa del cerebro.

Va a venir un huracán

poema para leer a dos voces

Sube las escaleras hablando,
sube las escaleras diciendo,
sube las escaleras, no para

de dictar frases para el día que llueve.

De repente
un rayo.

Toda la ciudad queda asfixiada
con cuarenta y cinco grados
y un rayo viene
para romper,
para hacer la tormenta del fin del verano.

Sube las escaleras diciendo,
sube las escaleras hablando,
cada vez que sube las escaleras, un verbo.

El fin del verano
antes de que termine, llega.

La tormenta tenía que agarrarla así,
subiendo las escaleras.

Sube las escaleras corriendo,
no importa lo que diga,
no importa lo que piense,
no importa que esté armando una casa con pedazos,
porque este fin de verano
es el fin.

Va a venir un huracán

¡Es un huracán pacificador!

La gente avanza como hormigas sin pausa. Y la comida sale en ríos por las vidrieras de los negocios. Todo quedó abierto, las puertas y las ventanas. Corren por las calles embarradas.

Sin casa, teléfono, nada. Matan el tiempo sentados en cualquier pared. No usan autos ni bicicletas, caminan. Tienen el automático de andar. Paron media hora y siguen. Caminan, duermen. Los postes de luz y los celulares tirados. Los cartones volando, los bolsos, las bolsas, las hojas. A ningún lugar caminan. Entran, paran. Duermen en la casa de cualquiera sin llave. Un rato en un departamento, de a ocho. O de a dos, en una casa de tres pisos. Duermen en cualquier lado. No hablan casi. Rotan sin pedir y sin pensar. Es una conmoción ordenada. Por las calles de día y de noche. Atontados por el calor, el barro seco. Sin futuro, sin preocupaciones se desparraman. No entienden bien qué es suyo. Quién manda, quién obedece. Todos medio desnudados y dormidos. Lluve un poco, hay truenos silenciosos... Si todo se seca enseguida es porque hace mucho calor. Muchísimo calor. Un calor que no los deja parar. Y siguen andando. Hasta que al tercer día, viene el huracán.

El huracán llega en forma de brisa.
Se va acomodando en la cúpula del cielo.
Como un gran ovni de viento gris. De a poco.
Una boca gigante en cámara lenta.
El ojo del huracán levanta la ciudad.
A la masa en vuelo.
Espacio todo sube. Y el viento
estira las columnas. Viento,
viento, viento...
En las calles que flotan del huracán que sube,
todo lo eleva sin comunicación y de acuerdo,
la ciudad en el viento.

El fin del verano antes de que termine, llega.

La tormenta tenía que agarrarla así,
subiendo las escaleras.

Sube las escaleras corriendo,
no importa lo que diga,
no importa lo que piense,
no importa si está comiendo,
si está riendo, si está esperando,

porque este fin de verano
es el fin.

Ahora que armaba una casa,
va a tener que vivir en el viento.

Paula Peysere nació en Buenos Aires el 21 de abril de 1981. Publicó las plaquetas de poesía *La Racha* (2003), *Llorona* (2004), *¡España, qué hermosa eres!* (2005) y *Pálpito* (2007) en Guacha editora, *Las afueras* (2007) bajo el sello Siesta, que puede leerse completo acá: www.las-afueras.blogspot.com, y *Va a venir un huracán* (2009) en PLUP (www.plup.blogspot.com) Integra el proyecto Cortapelo Popular e Itinerante y el colectivo Teatro de Papel POCAMONTA que produce y presenta obras de plástica y narración.